

cunstancias tan diversas, en fases sociales tan opuestas, no hallaréis, ni por descuido, vestigios de falsedad ni de incoherencia. Todo es puro, todo está enlazado.

Es imposible, señores, explicar esto naturalmente. Nosotros no sabemos individualmente permanecer en equilibrio con nosotros mismos, como se deja ver bastante en nuestro siglo; nunca se ha hablado más de consecuencia, de constancia, de unidad, y nunca se ha tenido ménos; y alguno habrá, que se jacta de no haber en ningún tiempo renunciado á sus principios y á sus convicciones, que acaso, á la luz de veinte soles, ha variado los matices de su espíritu y los colores de su bandera. Nada es más raro entre nosotros, que una vida vaciada enteramente en el molde de una misma idea, y, sobre todo, de una idea pura y verdadera. La union y conformidad que un hombre aislado no puede guardar consigo mismo, no saben tampoco tenerlas en sus decisiones y en sus doctrinas las corporaciones, aún las más venerables. Intentad, por ejemplo, coordinar en un todo perfecto y lógicamente ajustado, todas las leyes que han dado á luz nuestras Cámaras. Considerad también las interpretaciones pronunciadas por nuestros tribunales de justicia. Sobre el mismo texto del código, y sobre hechos, casi idénticos, deciden en opuestos sentidos, y adoptan conclusiones enteramente contradictorias. Si son frecuentes y profundas estas divergencias entre jueces contemporáneos, mucho más lo son en épocas distantes entre sí; y quien quisiera comparar, á veinte años de distancia, las decisiones de un mismo tribunal sobre las mismas materias, las hallaría mil veces más separadas por espantosos abismos. Así es el hombre.

¿Y por qué la Iglesia no tiene este carácter? ¿Por qué, dispersa á todos los vientos del tiempo y del espacio, conserva la unidad de sanos designios y de principios inmaculados, que no puede reproducir ninguna otra sociedad, aunque esté limitada en un punto de los siglos y del mundo? ¿Cómo es, que espíritus tan diversos, deliberando sobre cuestiones tan diferentes, arrojados en el camino de la historia en tan largos intervalos, forman un concierto tan melodioso y tan bien ajustado, que no parece al oído sino una sola voz, pura como un eco del cielo, fuerte y magnífica como el ruido de las aguas de un torrente? ¡Ah! Solo una explicación plausible se podrá dar de este fenómeno, y es; que en este cuerpo, cuyos miembros están tan separados los unos de los otros, y se renuevan con tanta frecuencia, circula una alma inmensa como el infinito, duradera como la eternidad, quiero decir, el espíritu de Dios; y la asistencia de este espíritu sagrado, presente en todos los lugares y en todas las edades, en que la Iglesia delibera

y decide; purifica y coordina su memoria, combina sus decisiones, pone todas sus sentencias y todas sus definiciones en el cuadro de una misma fé, la asocia, en una palabra, á la infalibilidad divina y á la inalterable armonía, que este atributo hace reinar entre todos los consejos y todos los oráculos de la verdad sustancial y suprema.

Y no digamos, señores, que no siendo el Papa sino un hombre como los demás, y la Iglesia una reunión de hombres, es ridículo pretender, que estos hombres sean infalibles.

¿Hombres como los demás? en el orden natural, sí; en el sobrenatural, no, señores. No se debe ya ver en los Papas y en el cuerpo de los pastores unido al Vicario de Jesucristo, séres entregados sin apoyo superior á las fluctuaciones de su espíritu, sino obispos, á quienes Jesucristo ha asegurado, que estaría con ellos, que presidiría á sus deliberaciones, y los animaría con su propia sabiduría; y ciertamente, con esta asistencia, por miserables y destituidos de luces que se les suponga, por accesibles que sean al error por esencia, ¿no es evidente que se hallan seguros de sí mismos? ¿Su union con Dios, cuyo espíritu llena é ilumina sus almas, no los hace participantes de su inalterable y soberana veracidad?

Las garantías, que aseguran la infalibilidad de la Iglesia, no solamente son manifiestas, sino también invulnerables; ni la razón ni la historia pueden alterarlas; y la Esposa de Jesucristo, puesta la mano en el privilegio, cuya existencia demuestran, puede, con razón, repetir aquella expresión, que pronunció el primer conquistador de África en el momento en que desembarcó en esa temible tierra: Esta tierra ya es mía; *terram teneo*.

3. Finalmente, se dice por conclusión: ¿de qué sirve la infalibilidad? ¿Qué resultados puede producir ese prodigio permanente, cuyo beneficio está destinado á la Iglesia?

¿Para qué sirve la infalibilidad? Sirve para salvar la dignidad de la conciencia. La verdad es una reina inmortal. Reina augusta y legítima, reina, cuyo cetro no imprime ninguna señal de servidumbre á los que la veneran; y, cuando sus oráculos llegan puros hasta nosotros sobre las grandes cuestiones religiosas; cuando nos los transmite por medio de un órgano incapaz de alterar su santa integridad, se honra uno á sí mismo, aceptándolos de las manos sagradas por las cuales nos los ofrece; la fé se hace entonces una majestad. Ved aquí, el beneficio que nos procura la infalibilidad de la Iglesia; por ella ya no somos discípulos del hombre, sino discípulos de la misma verdad, es decir, de Dios. ¡Qué sublime gloria!

Y no es una gloria que se pueda despreciar impunemente. El hom-

bre tiene necesidad, no solamente de autoridad en materia religiosa, sino tambien de infalibilidad; forzosamente necesita una; y si desecha la de Dios, ¿qué sucederá? Hay cuatro, entre las cuales está dividido el mundo. Infalibilidad del orgullo; esta es la de los hombres que se adoran á sí mismos, y que dicen secamente y con desden: La Iglesia y sus pastores, ¿qué valor tienen en comparacion de nuestras ideas? Infalibilidad del dogmatismo; es la que atribuye á los Jefes de Escuela el servilismo de ciertos discípulos, que repiten, inclinándose ante ellos, la antigua forma: *Magister dixit*. Infalibilidad del iluminismo; ésta reina en aquellas sectas disidentes, en donde cada uno se cree favorecido con un rayo divino, con una iluminacion milagrosa, y pretende ser más ó ménos profeta. Infalibilidad del despotismo; se encuentra en esas iglesias nacionales, en donde no es permitido suponer, que un hombre, con casco y espuelas, pueda engañarse sobre objetos teológicos, sin incurrir en el crimen de lesa majestad. Huid de la infalibilidad soberana de la Iglesia, y caeréis, inevitablemente, en una de estas infalibilidades subalternas; y sea cualquiera la que abraceis, imprimirá en vosotros una marca afrentosa. La infalibilidad del orgullo os hará pueriles; la del dogmatismo, aduladores ó crédulos. Con la infalibilidad del iluminismo seréis extravagantes y fanáticos; y con la del despotismo, esclavos. Escoged.

¿Para qué es la infalibilidad? Para abreviar el estudio de la Religion y el análisis de su fé. Sin autoridad infalible, todos los puntos importantes, todas las cuestiones esenciales sobre el destino del hombre, son para nosotros, otros tantos problemas que hay que resolver; entónces la Religion es como un edificio, cuyas piedras hay que buscar, labrar sucesivamente, una despues de otra. ¡Obra gigantesca! ¡Trabajo interminable! Pero, con una autoridad infalible, el trabajo es más fácil, porque es más limitado. Entónces, no teneis más que un solo punto que establecer, y es; que este tribunal no puede engañarse. Resuelta esta dificultad, todas las demás lo son en virtud de eso mismo. Quien ha hallado esta doctrina incapaz de error, lo ha hallado todo, y no tiene más que seguirla; es un guia fiel, que conduce al espíritu con seguridad en el laberinto de los misterios más oscuros y embarazosos; es una luz, que ilumina y afianza por sí sola el cuerpo entero de la doctrina.

¿Para qué sirve la infalibilidad? ¿Y á qué sirven, preguntaré yo, los tribunales superiores, cuyas sentencias se ha decidido que sean irrevocables? Ellos tienen por objeto y por efecto, poner un término, ya á los pleitos, y ya á la incertidumbre de la legislacion; y por estas dos ventajas de fijar así la jurisprudencia, y de determinar clara y defini-

tivamente los derechos individuales, son una salvaguardia, igualmente preciosa, para la seguridad de los intereses privados, y para la paz, unidad y armonía de la sociedad. La infalibilidad produce un beneficio análogo en el orden religioso. Ella previene ó suspende la lucha y la anarquía de los espíritus, así como la de las doctrinas. Sí, señores; desde el momento en que existe una autoridad consagrada y reconocida; una autoridad, cuya sabiduría os está auténticamente afianzada; una autoridad, cuyas definiciones participen de la verdad misma de Dios; reina el orden entre las inteligencias y la unidad en la fé; cada uno la escucha en silencio; cada uno se fia completamente en su palabra; y siendo así el oráculo universal, hace desaparecer todas las diferencias y todos los caprichos de ideas, todos los conflictos de opiniones, todas las disidencias de símbolo, para confundir á todas las almas, por medio de una vasta y unánime sumision, en una vasta uniformidad de creencia. Esto es lo que se ve en el catolicismo. La Iglesia tiene á los fieles bajo su dependencia; y por medio de una autoridad, que veneran gustosos, los encierra á todos en el círculo invariable de una misma doctrina; es como el sol, que tiene cautivos dentro de sus órbitas á los planetas, é imprime á su marcha aquella majestuosa unidad, que es el orgullo del firmamento.

Destruid, al contrario, no diré aún la autoridad como principio, sino la autoridad como tribunal infalible; se acabó entónces la concordia de los espíritus y la unidad de las convicciones; cada uno se formará creencias aparte, hasta sobre puntos que parecerian deber excluir toda especie de divergencia. Se tratará de hechos históricos, ó del sentido que se deba dar á algunos pasajes, aún claros y evidentes, de ciertos libros sagrados. Se diría, que acerca de estos objetos es imposible la diversidad de opiniones; sin embargo, si se suprime toda decision superior, y se les abandona al capricho de las inteligencias individuales, careciendo éstas de centro, que, sirviéndoles de móvil, les sirva tambien de freno, serán arrebatadas al acaso en mil sentidos diversos; y aislándose las unas de las otras, se precipitarán, así separadas, por sendas de capricho y de contradiccion.

Finalmente, la infalibilidad abre un manantial precioso de paz y de tranquilidad moral.

Dos sentimientos existen muy dolorosos para la inteligencia humana, que son: la indiscrecion del espíritu, y la duda; la indiscrecion, que, no sabiendo poner límites á su curiosidad, se estrella contra las cuestiones que quisiera sondear, y que no puede profundizar; la duda, suplicio del alma, á quien falta el pan de la verdad, y á quien atormentan las convulsiones del hambre en el vacío, como una serpiente,

que se agita por la presión mortífera de la máquina que extrae su aire vital. No son raras en el mundo filosófico estas dos enfermedades; y los padecimientos que ocasionan, son, tanto más crueles, cuanto que todo conspira á desarrollarlos, y que no hay nada que los mitigue. No puede calmarlos la autoridad, porque es menospreciada; ni tampoco la razón, porque, siendo el principio del mal, no le es posible curarlo.

¡Oh! ¡Qué ajeno de estas angustias está el hombre bajo la tutela de una Iglesia, que no puede errar! ¿Sería la indiscreción lo que entonces le atormentaría? Pero, ¿qué necesidad tiene de cansarse en profundizar lo que no se comprende? La infalibilidad de la Iglesia responde de su certeza, y esto basta para tranquilizarle. ¿Sería la duda lo que le afligiría? ¡Ah! estoy obligado á decirlo; hay días funestos, en que este espectro maldito se aparece una y más veces, aún al alma del que está unido al catolicismo con los lazos más fuertes y más sinceros: Dios lo permite para probar su fé. Pero, así que ve salir este géneo borrascoso del fondo de los pensamientos, que fermentan en su alma, ¿qué es lo que hace? Se apresura á recurrir á la infalibilidad de la Iglesia; la arroja, como un áncora de salvación, en el seno de su espíritu vacilante, y siente inmediatamente calmarse sus creencias, un momento agitadas. Este medio, que le defiende contra las dudas nacidas de su propia inteligencia, le protege también contra las que le pudiesen venir del exterior. Cuando aparecen maestros de error en el mundo, los compara con la autoridad de que depende; y como no puede ésta engañarse, porque es la verdad viva, así que los novadores la contradicen, ya sabe cual es el valor que debe dar á sus palabras, y los desecha al instante como siniestros metéoros, según la expresión de la Escritura, *sidera errantia*. Así, resguardado contra todas las causas interiores ó exteriores de inquietud, pasa la vida, ya que no sin penas, á lo ménos sin ansiedad. Entrad, hermanos míos, en la barca de la Iglesia, en donde reposa Jesucristo; vuestra navegación será dirigida con toda inteligencia y será afortunada. Si han de acometeros aún algunas tormentas, ya no será con la misma suerte que hoy. Ahora, quizá, vuestras propias ideas, como vientos furiosos, os combaten; y no teneis ni puerto que os sirva de abrigo, ni medios para resistir en medio de las olas agitadas. Entonces, al contrario; como los discípulos atemorizados, recurriréis al Señor, que bogará cerca de vosotros en la barca; por medio de la Iglesia hará conocer su voluntad á los vientos enfurecidos, á la mar irritada; y á esta voz omnipotente, el viento se calmará, y las aguas quedarán sosegadas. Continuareis así en reposo vuestro viaje, y el

momento de oscuridad, de trastorno y de espanto, que habeis pasado, os hará apreciar más la tranquilidad, que habrá restituido á vuestra alma la palabra de la infalibilidad suprema.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

IGLESIA.—Es un punto, en que nos ha colocado el rey de los ejércitos; punto que no debemos abandonar jamás.

Es un campo de batalla, en el cual debemos vivir y morir, obteniendo siempre la victoria.

IGLESIA.—Es un cuerpo, cuya belleza bebemos conservar. Es un edificio, para cuya conservación nada debemos ahorrar.

IGLESIA.—Debemos honrarla como á Esposa de nuestro Soberano. Debemos pedirle todo lo que el Salvador nos ha legado á título de herederos suyos.

Debemos consultarla como á intérprete de Dios.

IGLESIA.—Es una madre, que quiere ser la única nodriza de sus hijos.

Es una madre, que, afligida por los escándalos de sus hijos rebeldes, quiere consolarse con los ejemplos de sus buenos hijos.

IGLESIA.—Es un reino, cuyos intereses es necesario sostener. Es un reino, cuyos triunfos deben apetecerse. Es un reino, cuya desgracia debe temerse.

IGLESIA.—En todas las necesidades, debemos acudir á la Iglesia como tesorera de Jesucristo.

En todas las enfermedades, debemos acudir á la Iglesia como á nuestro médico caritativo.

IGLESIA.—Dios le ha comunicado su poder, para ponerla en estado de defendernos.

Dios le ha comunicado su sabiduría, para ponerla en estado de guiarnos.

Dios le ha comunicado su santidad, para ponerla en estado de perfeccionarnos.

IGLESIA.—Para darle pruebas de nuestro respeto, debemos respetar á los que la Iglesia ha escogido por padres.

Para darle señales de nuestro amor, debemos amar á los que la Iglesia reconoce por hijos suyos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Et erit in novissimis diebus præparatus mons domus Domini in vertice montium, et elevabitur super colles, et fluent ad eum omnes gentes. Isai. II, 2.

In tempore illo vocabunt Jerusalem, solium Domini; et congregabuntur ad eam omnes gentes in nomine Domini. Jerem. III, 17.

Regnum autem, et potestas, et magnitudo regni, quæ est subter omne cælum, detur populo sanctorum Altissimi: cujus regnum, regnum sempiternum est, et omnes reges servient ei, et obedient. Dan. VII, 27.

Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Matth. XVI, 18.

Si non audierit eos (testes), dic Ecclesie: si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. Id. XVIII, 17.

Regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. Luc. I, 32.

Ego autem rogavi pro te ut

En los últimos días el monte en que se erigirá la Casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán á él.

En aquel tiempo Jerusalem será llamada Trono del Señor; y se agregarán á ella las naciones todas, en el nombre del Señor.

El reino y la potestad, y la magnificencia del reino, cuanta hay debajo de todo el cielo, sea dada al pueblo de los santos del Altísimo: cuyo reino es reino sempiterno, y á él le servirán y obedecerán los reyes todos.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó poder del infierno no prevalecerán contra ella.

Si no los escuchare (á los testigos), díselo á la Iglesia; pero si ni á la misma Iglesia oyere, ténle como por gentil y publicano.

Reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.

Mas yo he rogado por tí á fin

non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus confirma fratres tuos. Idem XXII, 32.

Alias oves habeo, quæ non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile, et unus pastor. Joann. X, 16.

Fundamentum enim aliud nemo potest ponere, præter id, quod positum est, quod est Christus Jesus. I Cor. III, 11.

de que tu fé no perezca; y tú cuando te conviertas y arrepiéntas confirma en ella á tus hermanos.

Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco; las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño, y un solo pastor.

Pues nadie puede poner otro fundamento, que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La primera y más antigua figura de la Iglesia, que encontramos en el sagrado texto, es Eva, que Dios formó de una costilla de Adan, mientras dormía. Es digno de notarse, que la sagrada Escritura, al hablar de la formación de Eva, no se sirve de las mismas palabras que para la formación de Adan. Al formar á Adan, lo expresa el sagrado texto en estos términos: *Formavit... Dominus Deus Adam* (GEN. II); pero, de Eva, dice: *Ædificavit Deus costam in mulierem* (GEN. II); palabra, que revela la construcción de alguna obra. La Iglesia tambien queda designada en el sagrado texto, como un edificio construido por la mano divina, y de la cual el mismo Salvador es arquitecto, piedra principal y fundamento. Así como Eva fué extraída del costado del primer hombre, mientras estaba dormido, así la Iglesia, tambien salió del costado de Cristo, entregado al sueño de la muerte: por esto se llama Esposa de Jesucristo, para la cual se entregó á los tormentos y derramó toda su sangre, «á fin de hacerla comparecer delante de sí llena de gloria, dice el Apóstol, sin mácula ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa é inmaculada (EPHES. V).» Por ella, nacen espiritualmente todos los fieles; por ella, son hechos hijos de Dios: la llaman ellos madre, porque les ha dado la vida de la gracia, porque los alimenta y les lleva en su seno amoroso; por ella, en fin, consiguen la vida eterna, obedeciéndola, respetándola y siguiendo sus doctrinas y preceptos.

El arca de Noé es otra figura de la Iglesia, dicen los santos Padres, por los muchos puntos de contacto que se notan entre una y otra:

1.º Así como solo se salvaron del diluvio universal el corto número de personas, que se refugiaron en el arca; así solo se salvarán del naufragio eterno los que son hijos de la Iglesia, y se le conservan fieles. 2.º Así como en el arca hubo buenos y malos, á saber: Sem y Jafet, con su perverso hermano Cam, y permanecian los hombres en compañía de los animales más fieros; así la Iglesia, no la constituyen solamente los buenos, sino que tambien cuenta en su seno hombres malos é impíos, hasta que el divino Juez vendrá á separar los malos y los buenos. 3.º Así como Noé y sus hijos hubieron de permanecer en el arca, hasta despues de terminado el diluvio, para no ser engullidos en las olas como los demás; así tambien los fieles deben permanecer dentro de la Iglesia, hasta el fin de su vida, para no divagar con los apóstatas y herejes entre las tinieblas del error y del vicio, acabando por perecer eternamente en un naufragio.

Los sagrados expositores siempre han considerado á Rebeca como figura de la Iglesia; y la lucha entablada en su seno entre sus hijos Jacob y Esaú, como tipo de la que experimenta la Iglesia entre sus buenos y malos hijos. Así como Rebeca llevaba en su seno dos pueblos, que siempre se habian de aborrecer; así la Iglesia lleva tambien á dos partidos, que estarán en lucha, hasta el fin del mundo, figurados en la paja y en el trigo, en los peces buenos y malos, de que Jesucristo habló en su Evangelio. Por este medio, dicen los santos Padres, se prueban las virtudes de los justos, y se patentiza la malicia de los impíos.

En aquella misteriosa mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés (Apoc. xii), los santos Padres siempre han reconocido á la Iglesia vestida del sol divino, ó iluminada por la luz de la fé, y animada por el calor de la caridad, pues siempre ha tenido la misma fé y ha enseñado la misma doctrina. Debajo sus piés tiene la luna, símbolo de la inconstancia, ó sea, todos los errores de las diferentes herejías, que nunca conservan ni la unidad de adeptos, ni la unidad de fé: el cambio de doctrinas y la division de los corazones son los dos principales caracteres de toda herejía.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quotquot Dei et Jesu Christi sunt, hi sunt cum episcopo: Todos los que son fieles á Dios y á Jesucristo, siguen á su obispo: *quotquot autem pœnitentia duc-* todos los que, arrepentidos de su

ti, redierunt ad unitatem Ecclesie, et isti Dei erunt... Ne erretis, fratres mei, si quis schisma facientem sectatur, regni Dei hæreditatem non consequitur. S. Ignat. mart. epist. ad Philad. cap. 5. apostasia, han vuelto á la unidad de la Iglesia, tambien son fieles á Dios. No os equivoqueis, hermanos míos; cualquiera que sigue al que siembra cismas, no consigue la herencia de Dios.

Deus judicabit omnes qui sunt extra veritatem, idest extra Ecclesiam. S. Iræn. De unit. Eccl. lib. 4 c. 6. Dios juzgará y condenará á todos los que divagan fuera de la verdad, esto es, fuera de la Iglesia.

Nemo sibi persuadeat, nemo semetipsum decipiat; extra hanc domum, idest extra Ecclesiam, nemo salvatur. Nam si quis foris exierit, mortis sue ipse fit reus. Origen. Homil. 3 in Josue. Nadie se ilusione, nadie se engañe á sí mismo: fuera de esta casa, esto es, de la Iglesia, nadie se salva. Pues el que se aparta de ella, cúlpese á sí mismo por su perdicion.

Extra Ecclesiam non est salus. S. Cypr. Epist. 15. Fuera de la Iglesia no hay salvacion.

Nobis et hæreticis nec fides, nec Ecclesia communis. Idem ibid. Entre nosotros y los herejes nada hay de comun, ni la fé ni la Iglesia.

Etsi in orbe Ecclesia una sit, tamen unaquæque urbs Ecclesiam suam obtinet: et una in omnibus est, cum tamen plures sint, quia una habetur in pluribus. S. Hilar. in Psalm. 14. Aunque no haya sino una Iglesia en todo el orbe, cada ciudad tiene la suya propia; pero todas estas forman una sola Iglesia.

Ecclesia tempora sua habet persecutionis et pacis; nam videtur deficere, sed non deficit: obumbrari potest, deficere non potest. S. Basil. lib. 4 Hexam. cap. 2. La Iglesia tiene sus períodos de persecucion y de paz, de modo, que si bien á veces parece sucumbir, pero, no sucumbe; puede zozobrar, mas nunca naufragar.

Ecclesia est non habens maculam, neque rugam, hoc est hæreses non habens. S. Patian. Barcin. Episc. epist. 5. La Iglesia no tiene mancha ni arruga, esto es, no enseña ni ha enseñado errores.

Si quis in arca Noe non fuerit, peribit, regnante diluvio; El que durante el diluvio estuviere fuera del arca de Noé, pere-

quicumque extra hanc domum agnum comedit, profanus est. S. Hieron. epist. 57.

Facilius est solem extinguere, quam Ecclesiam obscurari. S. Chrysost. Hom. 4 de verb. Domini.

Ecclesia aut una, aut nulla. S. Aug. lib. 2 contr. Crescent.

Ego Evangelio non crediderem, nisi me catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas. Idem, contr. Ep. Manich.

Duo parentes qui nos genuerunt ad mortem Adam et Eva; duo parentes qui nos genuerunt ad vitam, Christus et Ecclesia. Idem, Serm. 109 de Temp.

IGLESIA (*Fábrica de una*); véase: CARIDAD PARA LA FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

IGLESIA (*Dedicacion de una*); véase: DEDICACION DE UN TEMPLO.

cerá; y el que comiere el cordero (divino) fuera de esta casa (la Iglesia), es un profano.

Es más fácil que se apague la luz del sol, que empañarse la pureza de la Iglesia.

La Iglesia, ó ha de ser una, ó ninguna.

Yo no daría crédito al Evangelio, si á ello no me moviera la autoridad de la Iglesia católica.

Hubo dos padres que nos engendraron en la muerte de la culpa, Adán y Eva; y otros dos que nos dieron la vida de la gracia, Jesucristo y la Iglesia.

IGNORANCIA

EN RELIGION.

Ignorantiam enim Dei quidam habent; ad reverentiam vobis loquor.

Hay hombres que no conocen á Dios; dígoles para confusion vuestra.

(I COR. XV, 34.)

Necesito, carísimos hermanos, un profundo sentimiento de mis deberes como predicador del Evangelio; necesito también el interés, el estímulo del bien, una muy viva y fortísima impresion de caridad, para dirigiros unas palabras, al parecer, tan duras; pero, en realidad, tan francas, tan sinceras, tan verdaderamente apostólicas. Si yo fuese tan solo un orador humano, cometería una imprudencia al hablaros de tal modo. Parece, que debiera ir con cuidado para captarme vuestro corazón, y, sin embargo, he empezado pronunciando estas palabras: *Ad reverentiam vobis loquor.* ¿No voy á comprometer el escaso bien que puedo hacer entre vosotros? Si, á ser un orador humano. Pero, como soy legítimamente predicador del Evangelio, semejantes palabras no desdican de mi carácter: es sabido, que la verdad las inspira al corazón del sacerdote; que la caridad las pone en sus labios; es sabido, que al decir á sus hermanos: *ad reverentiam vobis loquor*, sufre también la misma vergüenza, participa también de la misma confusion. Su corazón se divide entónces, entre el pesar muy acerbo y sensible de ver á Dios, á quien ama y venera, olvidado, desdénado, hasta ignorado; y el pesar no ménos acerbo de ver, que los que olvidan y desdeñan de tal modo á Dios, son hermanos suyos, los mismos á quienes por amor consagra toda su vida. Ya comprendéis, pues, que al decir y repetir aquellas palabras del Apóstol, no lo hago con amargura, sino afectuosamente; lo hago, porque es absolutamente necesario, y porque, á no hacerlo, sería un prevaricador.

La ignorancia de Dios y de las verdades divinas, es, seguramente, una de las llagas de nuestra época; y en esto convienen, cuantos han estudiado y observan la marcha religiosa del siglo y de nuestro país;